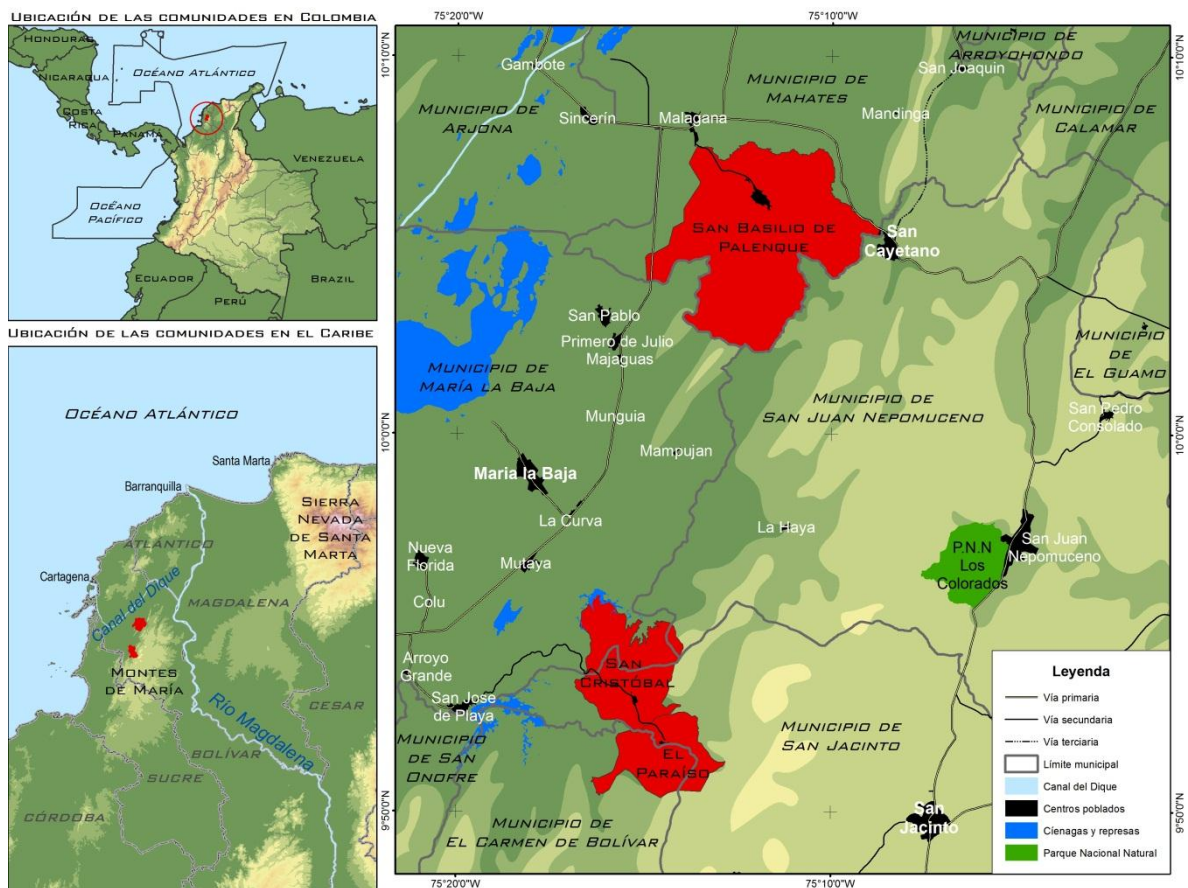


Capítulo 3

Lo afro y lo negro en Montes de María y otras contracartografías

“[...] la producción de las representaciones del mundo social, que es una dimensión fundamental de la lucha política, es casi monopolio de los intelectuales: la lucha por las clasificaciones sociales es una dimensión capital de la lucha de clases y por este camino interviene la producción simbólica en la lucha política”

Bourdieu ([1979] 1990: 96).



Mapa 1: Localización de San Cristóbal en el contexto de Montes de María. Fuente: Observatorio de Territorios Étnicos, 2012

En San Cristóbal se han hecho muchos mapas en variadas técnicas que han sido útiles como estrategia de visibilidad para las comunidades que allí habitan. Mapas y acciones jurídicas han ido de la mano y han resultado en una forma particular de espacialización de la diferencia donde lo negro y lo étnico adquieren un lugar en medio de una región pensada como blanca. Estos mapas permiten rastrear las articulaciones entre prácticas de poder y la producción de espacialidades. A pesar de su valor como herramientas de lucha por el reconocimiento, estos mapas han producido una clara dependencia y confianza extrema en el paquete del “mapeo social participativo”. El mapeo en esta región está marcado por el enfoque del contramapeo o contracartografía, teniendo claro que la cartografía del estado colombiano está desactualizada, contiene alteraciones deliberadas de ubicaciones, mediciones y topónimos que ponen en riesgo las expectativas de los pobladores rurales de defensa en la tierra y los territorios.⁹²

Es claro que el mapeo social ha implicado la emergencia de unos sujetos “mapeadores”, ya que mapa y mapeador van de la mano. Estos sujetos políticos no son cartógrafos convencionales únicamente, sino los pobladores mismos quienes, con sus propias nociones de espacio, tiempo, lugar y comunidad, han logrado hacer contraposición a los mapas que los borran, desconocen o representan “desde afuera”. Al grupo de jóvenes de San Cristóbal y de otros consejos comunitarios (San Basilio de Palenque y Paraíso) que hacen parte del grupo Jóvenes Cartógrafos del Caribe les dicen coloquialmente *los mapeos*. Tal estrategia organizativa de los jóvenes donde ha tenido más arraigo y continuidad es precisamente en San Cristóbal, donde la gente se refiere a un grupo de siete u ocho jóvenes como “los cartógrafos de la comunidad” o “los de la cartografía social”.

⁹² Un número aún limitado de autores se han dedicado a documentar problemas territoriales que incluyen los grupos étnicos en la región de los Montes de María, a partir de diagnósticos rurales participativos y cartografía social desde una perspectiva sociológica y con una intencionalidad de incidencia en políticas públicas agrarias y ambientales (Daniels & Múnera, 2010). Desde este enfoque, los territorios de las comunidades negras se analizan de manera homogénea pues son incluidos en la categoría de poblaciones rurales.

Este grupo surge como resultado de la intervención del Observatorio de Territorios Étnicos y Campesino, que ha tenido entre los ejes de acompañamiento en el Caribe y otras regiones, la promoción de procesos de mapeo con la perspectiva de la auto-cartografía o cartografía propia. En el Observatorio hemos sostenido que, en la búsqueda de la autonomía, las organizaciones rurales deben administrar sus propios sistemas de información, entre esos el conocimiento toponímico, topológico y ambiental.

Para el Observatorio un eje central ha sido la comprensión y representación del espacio geográfico habitado por las comunidades a través de la elaboración de mapas, lo anterior desde una perspectiva orientada a la defensa de los territorios. Esta protección no solo la planteamos desde una perspectiva de reconocimiento de derechos por parte del estado, sino también desde la importancia implícita en las discusiones que surgen a raíz de la elaboración de mapas con las comunidades, puesto que además de revelar el conocimiento local del territorio también permiten discutir sobre los usos y prácticas que allí tuvieron y tienen lugar. Estas discusiones, a la vez que facilitan el intercambio de conocimientos y favorecen la apropiación del territorio, permiten identificar también las amenazas frente a la apropiación y el uso de los recursos presentes en dichos territorios de los cuales dependen los modos y el proyecto de vida comunitarios.⁹³

El Observatorio tiene un interés explícito en que las organizaciones con las que trabajamos controlen la información y los medios para procesarla. Promovemos cursos de cartografía en el que las organizaciones, con participación protagónica de jóvenes, apropian el uso de los instrumentos de georeferenciación para complementar los mapas a mano alzada que resultan del conocimiento cotidiano del espacio. Dado que trabajamos en lugares donde las peleas de las organizaciones con el estado y las empresas privadas requieren de capacidades discursivas y técnicas un tanto sofisticadas, hemos concluido en nuestro proyecto académico-político que se requiere de conocimientos y lenguajes que puedan desacomodar el lugar privilegiado desde el cual habla el estado y las empresas privadas mineras o agroindustriales.

⁹³ Observatorio de Territorios Étnicos y Campesinos (2012).

En ese sentido, la metodología para “deshacer” conceptualmente ese camino andado en San Cristóbal, y escribir este capítulo intentando ser autocrítica, fue la revisión de todo el ejercicio de mapeo social en el que he participado estos años. Para ello, revisité las guías de talleres de los cursos en cartografía que dictamos en la zona, las grabaciones de los talleres, los mapas mismos obtenidos en los ejercicios y entrevisté otra vez a la gente de San Cristóbal. Todo esto, ya no para confiar ciegamente en que la cartografía social es una de sus estrategias de resistencia o de emancipación, sino para permitirme dudar de su alcance, de sus propias distorsiones, sentidos comunes y perversiones; pero también para alimentar las utopías políticas que orientan su construcción.

En consecuencia, en este capítulo analizaré cómo el “mapeo social participativo” ha jugado un papel protagónico en la etnización y el posicionamiento de lo “afro” y lo “negro” en Montes de María como un hecho cierto, como parte de un discurso de mismidad y de alteridad. Para ello, se aborda la reflexión teórica sobre la producción social del espacio en la configuración de políticas de representación apuntaladas en las identidades territorializadas. Con ello, estableceremos los puentes para dar cuenta de la mutua configuración de procesos organizativos y de los espacios que estos involucran.

El tránsito de la tierra al territorio en San Cristóbal, ha tenido que ver con la producción de nuevas nociones de espacio. Las formas de resignificar la región montemariana durante la etnización, ha incluso producido nuevos espacios nominales dentro de lo que antes solo se llamaba corregimiento. Ejemplo de ello, es la dispersión toponímica de lugares a los que se les ha dado nombres diferenciales: montes (zonas con cobertura de bosque seco) que son ahora lugares sagrados, ríos que son espacios de uso común y, tal vez la transformación más notoria es la insistencia en no llamarse más corregimiento, pues en el mapa que demarca el nuevo “territorio tradicional” los límites político administrativos dejaron de ser determinantes en su localización. Con el mapeo, los pobladores de San Cristóbal evidenciaron que sus lugares de trabajo, de circulación histórica y de reivindicación están en la jurisdicción de tres municipios: María la Baja, San Jacinto y San Juan Nepomuseno. Como se explicó en el capítulo 2, esta transformación está relacionada con el despliegue en el Caribe del lenguaje *pacíficocentrista*.

Las prácticas espaciales existentes y las formas de dar sentido y significar el caserío, el monte, la quebrada y el municipio, entre otros espacios, no habían sido politizadas antes de la etnización en términos de “territorio”. El proceso cartográfico como tal, la conformación del grupo de cartografía, o la emergencia de sujetos mapeadores, son posibles y pensables por la traducción de la Ley 70 de 1993, esto es, por la inquietud y búsqueda de la titulación colectiva en el lenguaje de las políticas de la diferencia. ¿Qué sería del grupo de cartografía social si no pertenecieran al consejo comunitario? ¿Qué tanto importarían las representaciones cartográficas que producen sin el reconocimiento de su condición étnica?

Cartografía social y sujetos mapeadores

La premisa de muchos movimientos sociales en el mundo que emplean la cartografía social estratégicamente se basa en el planteamiento que el geógrafo Karl Offen (2006) ha popularizado: “mapeas o te mapean”. En San Cristóbal, se advierte un giro importante en esta afirmación. No se trata solo mapear antes de que otro (el estado, las empresas privadas que compran tierras o los que alquilan extensas hectáreas para ganadería, palma aceitera o cultivos forestales) lo haga e imponga un modelo ajeno de representación, uso y manejo del espacio; sino que lo que está en juego es la posibilidad de amarrar viejas disputas a nuevos lenguajes con el apoyo de aliados (como ONGs y universidades) que promueven la elaboración de cartografías que se han denominado “propias” o “desde abajo”. Uno de los antropólogos que más ha documentado el uso de la cartografía social por los movimientos sociales es el brasileño Alfredo Wagner (2011). Él argumenta que el giro territorial en América Latina responde a la estrategia política de muchos colectivos, principalmente rurales, que insisten en mostrar una identidad territorializada. En su investigación y práctica política dentro de lo que se ha conocido como la Nueva Cartografía, Wagner, entre otros antropólogos brasileños, ha trabajado desde la posibilidad de movilizar los derechos étnicos y los derechos territoriales de comunidades históricamente marginalizadas. De este modo, la cartografía social parecería operar desde la confluencia entre el giro territorial y el giro multicultural (Offen, 2003, 2006; Rodríguez, 2010; Restrepo, 2008).

En San Cristóbal, han coincidido mapas y mapeadores en un momento histórico particular: el auge de los SIG (Sistemas de Información Geográfica) participativos. En el Pacífico y la Amazonía tal apogeo se dio en los noventa, mucho antes que en el Caribe, y se situaba en el marco de proyectos de mapeo liderados por organismos internacionales como el Banco Mundial y las ONG ambientalistas como Ecofondo, WWF y Conservación Internacional. Estos procesos de mapeo se dieron en lugares imaginados e institucionalizados como biodiversos y étnicos.⁹⁴ Así, la metodología de la cartografía social se ha ido generalizando e implementando en procesos distintos de intervención e investigación desde variados actores.⁹⁵ En el Caribe, en Montes de María particularmente, la puerta de entrada no fue la etnicidad ni la diversidad biológica, como lo expliqué anteriormente, sino que fue la violencia. En ese escenario, el mapeo social liderado por los proyectos estatales que financió cooperación internacional (Suecia y Comisión Europea)⁹⁶ partía de la premisa de que los mapas contribuirían a caracterizar las parcelas de los campesinos afectadas por dinámicas de apropiación violenta por parte, sobre todo, de grupos paramilitares. Lo que rápidamente trascendió para las organizaciones campesinas en apuestas reivindicativas, ya no como mapas sobre sus tierras sino como mapas para recuperarlas o defenderlas. En tal sentido, para comprender el mapeo social en ese contexto y durante los últimos seis años, hay que señalar que los mapas sociales participativos se producen en medio de tensiones por la propiedad y el uso de la tierra, sin que inicialmente se apelara a la etnicidad.

⁹⁴ Ejemplo de ello es que regiones habitadas mayoritariamente por gente negra no habían sido mapeadas con esa perspectiva comunitaria antes del reconocimiento de este pueblo como “grupo étnico”. Aunado a ello, la coincidencia con el boom de la biodiversidad articuló de manera importante el mapeo de recursos naturales con fines de conservación al mismo tiempo que el mapeo de los espacios habitados por las familias y poblaciones habitantes de esos lugares selváticos.

⁹⁵ En Colombia, el referente más destacado de experiencias de mapeo social es el de los “mapas parlantes” como método de investigación y educación en el norte del Cauca liderado por Víctor Daniel Bonilla con los pueblos Nasa y Guambiano. Entre las instituciones acompañantes en Montes de María como el Cinep, El Movimiento por la Paz MPL, es también usual la puesta en marcha de la propuesta de la Investigación Acción Participativa (IAP) del sociólogo Orlando Fals Borda quien define la cartografía social como herramienta de investigación y una técnica dialógica (Fals Borda, 1987).

⁹⁶ Principalmente el Proyecto Protección de Tierras y Patrimonio de la Población Desplazada, el cual dio origen a la actual Unidad de Restitución.

Ya en el proceso de conformación del consejo comunitario especificado en el capítulo 2, la etnicidad se convierte en un eje principal de los procesos de mapeo. La conformación como tal del grupo de cartografía social y sus posibilidades políticas están soportadas en las prácticas institucionalizadas de la etnicidad (incluyendo seminarios internacionales, intercambios, foros, giras, consultas previas, etc.). Es el lenguaje del territorio ancestral, el consejo comunitario y lo afroantioqueño lo que hace posible el auge de los mapas y la conformación de “los mapeos”. Sin ello, es probable que la cartografía social hubiera sido sólo la técnica convencional de diagnóstico y no una de las premisas políticas de la organización que mapea en la lucha por la tierra, pero que también mapea para ganarse un lugar desde el que puede contar y ser contado (mapea para seguir mapeando). La elaboración de los mapas fue posible gracias a la conformación previa y a la legitimidad y visibilidad del consejo comunitario Eladio Ariza.

Al respecto incluyo un fragmento del informe del uno de los primeros talleres a los que asistieron líderes de San Cristóbal en ese momento como junta de acción comunal en agosto del 2007. En aquella época, buena parte de Montes de María había sido declarada por el estado como zona de desplazamiento forzado,⁹⁷ lo que produjo muchos talleres de cartografía social desde el enfoque predial, buscando reivindicar derechos individuales. Todo ello previo a la etnización o institucionalización del consejo comunitario, aun cuando ya se escuchaban propuestas de conformarlo.

Después de la explicación de la metodología de la cartografía social, se pasó a la ubicación de cada persona o grupo familiar en la plancha catastral para solicitarle a los desplazados (o en riesgo de desplazamiento) que indicaran en qué sector de los municipios de

⁹⁷ La Resolución 01 de 2007 del Comité Departamental de Bolívar de Atención a la Población Desplazada resuelve: “Artículo primero. Declarar en inminencia de riesgo de nuevos fenómenos de desplazamiento por las tensiones interiores originadas por la compraventa masiva e indiscriminada de tierras, en María la Baja, Mahates, San Pablo, Simití, San Juan de Nepomuceno, Zambrano, San Jacinto, Carmen de Bolívar y Guamo. La finalidad de la medida de protección es la de evitar el constreñimiento al titular del predio por parte de miembros de grupos armados al margen de la ley para la transferencia de sus inmuebles y la de publicitar los derechos que poseedores, tenedores u ocupantes tengan sobre el predio” (Ley 387 de 1997).

San Jacinto y María la Baja se localiza el predio. Se procedió a anotar el número de la plancha predial para hacer la consulta con las notarías y oficinas de registro de instrumentos públicos si se ha efectuado alguna transacción comercial o civil con ese bien. Los campesinos manifestaron que sí existen compradores en la zona cercana a estos predios presionando para que sean vendidos. Se procede a verificar existencia o ausencia de resguardos indígenas o tierras colectivas de comunidades negras y no se registran en la zona declarada. Algunos asistentes a la reunión manifiestan querer conformar un consejo comunitario pero se aclara que toda la relación jurídica con las parcelas es individual o por grupo familiar.⁹⁸

En ese mismo documento se hace un listado de todos los asistentes y la información suministrada para el corregimiento San Cristóbal.

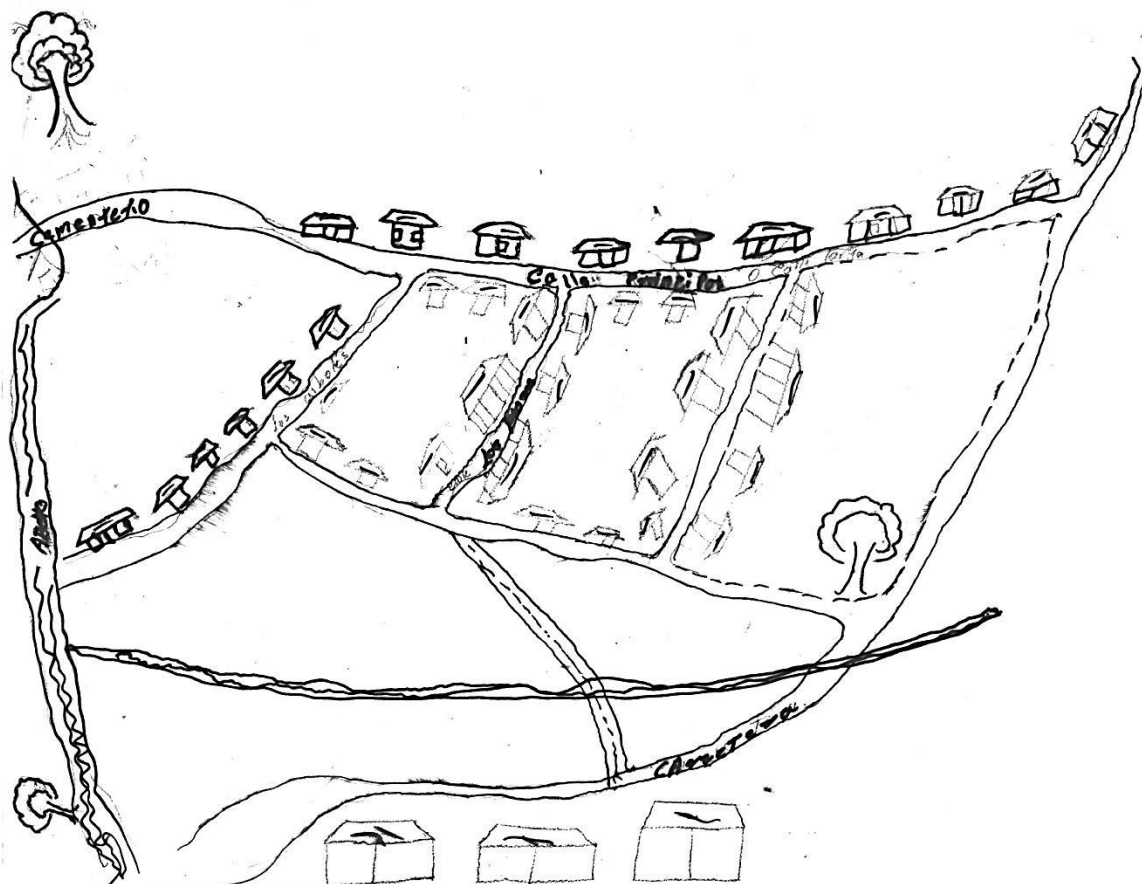
La junta de acción comunal del corregimiento de San Cristóbal – San Jacinto- manifestó que no se encuentran al menos 25 fincas en las planchas prediales. Se presume que estarían en jurisdicción de los municipios vecinos, toda vez que ese corregimiento está en el límite de San Jacinto con María la Baja y San Juan Nepomuceno. Por ello se procedió a hacer un mapa con la técnica de la cartografía social que especifica las fincas abandonadas por la violencia que no estarían en las planchas base de la identificación (se anexa foto del mapa en el informe). Se deja la aclaración que puede ser que las familias campesinas que asistieron al taller de identificación predial no conocen bien el corregimiento o no hayan logrado ubicarse en el mapa predial por falta de experiencia con la metodología.

Sí el ingeniero que escribió ese informe fuera hoy a San Cristóbal no creería que esas mismas personas que dudaron en el ejercicio de 2007, o que posiblemente no manejaban la cartografía predial, tengan hoy un Sistema de Información Geográfico instalado en el computador de la sede del consejo comunitario. No se imaginaría que son versados en el manejo del GPS y ni qué decir del conocimiento que tienen de las escalas topográficas.

En el mapa hecho con otros propósitos lo que más me llama la atención como elemento de contrastes es que la tierra de San Cristóbal se circunscribe al centro poblado como lo ilustra

⁹⁸ Relatoría del taller de identificación predial en los municipios de San Jacinto y María la Baja. Octubre de 2007. Proyecto Protección de Tierras y Patrimonio.

el mapa 2.⁹⁹ No hay ningún referente de los mapas que están elaborados hoy día con el topónimo territorio o espacio de uso común.



Mapa 2: Cartografía Social de San Cristóbal. Octubre de 2007

El proceso cartográfico que más conozco en San Cristóbal es el de la etnización (que empezó formalmente con el curso de cartografía que dicté como investigadora vinculada al Observatorio de Territorios Étnicos en junio de 2009) y por ende del que más información

⁹⁹ En uno de los apartes de la ayuda de memoria del taller hay una anotación que dice que a las asistentes se les pidió dibujar lo que ellos consideraban la tierra de las familias de San Cristóbal, pero, dado que yo participé de ese ejercicio puedo dar fe de que quien lo hizo fue Eder Ariza a partir de lo que él consideró como el mapa de la violencia. Ese mapa existe hoy en San Cristóbal, está elaborado en una hoja tamaño tabloide y su autor le da un significado totalmente distinto, no como mapa de localización de parcelas o fincas abandonadas, sino de San Cristóbal. Cuando pregunté qué era ese mapa, me dijeron que se titulaba “San Cristóbal vencido” lo que refiere un pueblo sin gente por el impacto de la violencia.

etnográfica poseo. No obstante, para dar cuenta de los tránsitos y de la irrupción del lenguaje de lo comunitario y étnico, traeré ejemplos del mapeo en los escenarios en los que participé anterior a mi rol como investigadora del Observatorio y cuando no existía el consejo comunitario. Con ello busco evidenciar la transformación en las pautas de apropiación del espacio antes y después de la etnización, esto es, el acontecer del territorio.

El 2009 fue el año en que más mapas se hicieron de San Cristóbal pues para ese momento estaba recién creado el consejo comunitario Eladio Ariza. De aquel ejercicio de cartografía social de los años anteriores con fines de protección de las tierras abandonadas o en riesgo, quedaron como resultados algunos mapas o croquis que priorizaron la demarcación y medición de la tierra que le quedaba a los sancristobaleros después de toda la tierra que perdieron en el contexto de compras masivas en Montes de María, dinámica que aún existe.

Se pretendió por parte del naciente consejo comunitario un giro en la representación cartográfica con las nuevas tecnologías de mapeo que proponía la intervención del Observatorio y las demás organizaciones acompañantes. Además de las técnicas concretas, se posicionaba entonces una manera de hacer y de entender los mapas en el contexto de las relaciones de poder en la región. Como ya lo dije, se trató de hacer mapas contra la palma, contra el despojo, contras las exploraciones de gas, no sólo para la titulación colectiva, sino apostar por una contracartografía. Es decir, poner en discusión la representación del espacio que se hace desde la cartografía oficial y privada bajo la premisa de contribuir a la defensa de las tierras (Wagner, 2011).

La demarcación aproximada en el plano topográfico, fruto del trabajo de mapeo de la violencia (antes de la etnización), fue el punto de partida para intentar identificar las prácticas tradicionales de las que trata la Ley 70 de 1993. Con ello se podría entonces argumentar jurídica y cartográficamente que sí era viable la titulación colectiva. Eso supone insistir en la diferenciación espacial, crear la frontera, hacerla visible para quien intente transgredirla.

Varios de los participantes en los primeros talleres argumentaron que ya había suficiente ilustración sobre el desplazamiento forzado y que lo que seguía era desafiar esas representaciones, o proponer otros significados de tales clasificaciones de zona roja, zona de violencia, y zona guerrillera o de paramilitares. Desde los primeros ejercicios a mediados del 2009, Tarsila Ariza defendió desde su rol de presidenta del consejo comunitario la imperiosa búsqueda de un mapa de y para la etnización. En palabras de la señora Tarsila, “un mapa de la diversidad cultural”. Por su parte, otro líder del consejo, Juan Barrios, dijo: “¿Para qué seguir hablando de muertes y tierras robadas?”.¹⁰⁰ No todos estaban de acuerdo con Juan Barrios, no poner sobre la mesa el tema de las tierras robadas era lo que menos quería el consejo comunitario, pero la enunciación de esa problemática sería por otra vía. Querían mapear lo que habían hecho sus amigos del Chocó,¹⁰¹ comprender cuál era la dimensión más colectiva que tenían en el uso de la tierra, entender mejor los ciclos de cacería o pesca, y con ello las dinámicas de los recursos de uso común. La etnización significó hacer énfasis en aspectos distintos sin despolitizar la condición de víctima de la violencia. Este nuevo enfoque del ejercicio cartográfico implicaba dar cuenta de los conflictos territoriales, medirlos; no sólo del desplazamiento, sino de los nuevos usos de la tierra con la llegada de la palma aceitera y las iniciativas forestales.

Con el manejo del GPS pudimos hacer el mapa de la vía que nos dañaron. Llevábamos tres años con la carretera destruida, desde que llegaron los palmeros nos dañaron la vía que nos comunicaba con María la Baja. Pero desde que llegó un terrateniente que ha comprado 500 hectáreas de tierra para palma africana, ahí sí arreglaron la vía. Anteriormente no entraba ni moto, ahora, día y noche pasan por ahí motos y carros del terrateniente y de los petroleros [...] pero justo la parte de la vía por donde nosotros

¹⁰⁰ Primer taller de cartografía social para demarcar el área aproximada que se presentaría al Incoder para la titulación colectiva. 2009. Las preguntas orientadoras del taller eran: ¿Para qué estamos haciendo mapas de San Cristóbal? ¿Qué buscamos con el mapa una vez elaborado? y ¿Qué aspectos o atributos del territorio deben quedar en el mapa para lograr el propósito buscado?

¹⁰¹ El Observatorio promovió un intercambio entre líderes de consejos comunitarios de la cuenca del alto San Juan – Asocasan - y de los consejos comunitarios de San Cristóbal, Palenque y Paraíso. Asocasan es uno de los procesos organizativos del Chocó que más ha trabajado en el ordenamiento territorial y posee una amplia experiencia en el uso de la cartografía social, en la georeferenciación y demás herramientas relacionadas.

transitamos y sacamos los cultivos no la arreglan hace muchos años.¹⁰²

El inicio de los talleres de cartografía implicaba caminar, volver a recorrer lugares a los que se había dejado de ir por la presencia de los grupos armados, principalmente las zonas altas. Estas zonas, para nuestra sorpresa, son lugares con vegetación boscosa que la gente de San Cristóbal y los pueblos vecinos han protegido por años como zona de cacería y de manantiales. Para esas caminatas en zonas altas y bajas se requería del uso de los instrumentos del mapeo: las planchas topográficas y el GPS principalmente, pero además de eso, se requería el uso y espacialización de las categorías de la etnización: territorio, comunidad, tradición, etnia, ancestralidad, reivindicación, sostenibilidad, etc.

Los mapas insistían una y otra vez en nominar la tierra, el espacio geográfico como tradicional, con mapas a mano alzada combinados con el dominio de los instrumentos cartográficos de georeferenciación, en este caso el GPS y un software de procesamiento de los datos que arroja el GPS para visualizar en el computador y sobre fotografías aéreas los resultados de los recorridos como se ilustra en el anexo 10. Del lado del Observatorio, se recomendaba estar atentos a los efectos del lenguaje insistente de la etnicidad, pues desde el 2009 que empezó el ejercicio de mapeo se avecinaban los conflictos con las organizaciones campesinas que percibían amenazante el proceso de etnización que se presentaba como los que más derecho tenían a la tierra. En una reunión de organizaciones defensoras de derechos humanos, uno de los líderes de Mampuján¹⁰³ cuestionó la gran dispersión y fragmentación de las organizaciones de Montes de María, haciendo alusión a los nacientes consejos comunitarios y los indígenas del cabildo Zenú de Bolívar. Esa intervención fue una respuesta clara a la provocación que hicieron voceros de la Mesa Afromontemariana quienes afirmaron que la titulación colectiva era prioritaria en comparación con la titulación individual. A ello les respondieron:

¹⁰² Fragmento entrevista Melvis Ariza, San Cristóbal, febrero de 2010.

¹⁰³ Los desplazados de Mampuján (corregimiento de María la Baja) son una organización con alta visibilidad por ser el primer caso de desplazamiento que obtiene una sentencia en el Ley de Justicia y Paz. Además el corregimiento es piloto nacional de restitución de tierras y de reparación.

Párala ahí mi hermano. Nosotros aquí no podemos caer en ese jueguito del estado que nos quiere manipular a todos. Si mañana viene un proyecto cargado de plata y dice que nos dan tierra y subsidios si se nos moja la canoa a todos [refiriéndose a incurrir en prácticas homosexuales] entonces ¿qué decimos? Le metemos a eso según estoy viendo en esta reunión. Que pa' los indígenas enfoque de etnia y para completar el bollo ahora los afros de la ancestralidad. En Mampuján todos somos negros, pero la gente no gusta de negros, mejor uno decir que es campesino y así no nos dividimos más.¹⁰⁴

La noción “ancestral” llegó para quedarse en San Cristóbal. Es el adjetivo por excelencia que va después de: territorio, cultivo, cultura, casa, baile y yuca. Y además, sirve para dirimir conflictos. Quién o qué es más ancestral es una de las cuestiones que se invoca para analizar alguna controversia cuyo “ganador” es el que demuestre mayor ancestralidad. La ancestralidad aquí puede ser homologada con autenticidad. Ello involucra asuntos menores como la receta correcta del mote de queso o asuntos más complicados como los límites entre fincas familiares que se vuelven disputas por la propiedad o el uso de la tierra.¹⁰⁵ De ahí la prevención que he tenido como acompañante en el ejercicio de mapeo de no apelar a las violencias epistémicas o al uso indiscriminado de las categorías del reconocimiento de la diferencia.

Sin proponérmelo y sin decirlo explícitamente, cuando empezaron las tensiones internas y externas por la etnización que se estaba produciendo en San Cristóbal, hicimos un pacto de silencio frente a los problemas. Nos pareció a todos que en ese momento, o más bien en ese periodo entre 2009 y 2012, no había por qué cuestionar las reglas del juego en tanto no estaban dadas. Es decir, a medida que se hacía el curso de cartografía y el acompañamiento jurídico y ambiental, se redefinían los principios de actuación. Jamás calculé que uno de los riesgos de la cartografía social podía ser aumentar las diferencias que ya existían por linderos o fronteras imaginarias que cobraban materialidad en los trazados y la racionalidad

¹⁰⁴ Fragmento de la intervención de un líder de Mampuján en una reunión de presentación de la estrategia de la Comisión Nacional de Reparación para seleccionar casos piloto de reparación colectiva. Febrero de 2010.

¹⁰⁵ Ahora bien, no es exclusivo de los consejos comunitarios, varias organización rurales de Montes de María hablan de ancestralidad como sinónimo de costumbre antigua.

cartográfica. Dos fragmentos que hablan del poder de los mapas a partir de una entrevista reciente con Malvis pueden aclarar mejor este asunto:

Una de las cosas que yo más he aprendido con la cartografía es que puedo decir lo que yo quiera y hacerlo pasar por la verdad si eso queda más o menos bien en las coordenadas. El otro día vino el guajiro [comprador de tierras] dijo que en la media legua entre Paraíso y San Cristóbal ya tenían el negocio de teca y que necesitaban una reunión con los dueños de ese sector para proponer el negocio amplio. Los muchachos del grupo de cartografía me hicieron la seña y yo le saqué el mapa que tenemos ya completo [anexo 10]. Él decía que no había visto la tierra desde arriba y yo aproveché y le exageré las cifras, las mediciones y como en la foto aérea cada tono de verde es una tierra diferente, por ejemplo pastos, aguacate, o yuca se ven de color distinto, entonces le terminamos diciendo que eso ahí se inundaba maluquísimo y que mejor no se pusiera a perder la plata. Por lo menos por unos días ya no viene a preguntar más.¹⁰⁶

A Juan el otro día se le quemaron unas palmas de la finca de Murgas. Como tiene la finca de él de yuca y ñame al lado de ese cultivo de los palmeros se le pasó prendidas unas hojas y ardieron varias palmas. A Juan le iba a tocar pagar más, pero cuando el administrador vino a buscar a los que le tenían que pagar le sacamos la cartografía y le mostramos que ellos tienen palma en unas tierras que son de la comunidad. El tipo se quedó mirando la foto, casi que no se puede ubicar bien y la cosa se arregló mostrándole la situación de otra manera.¹⁰⁷

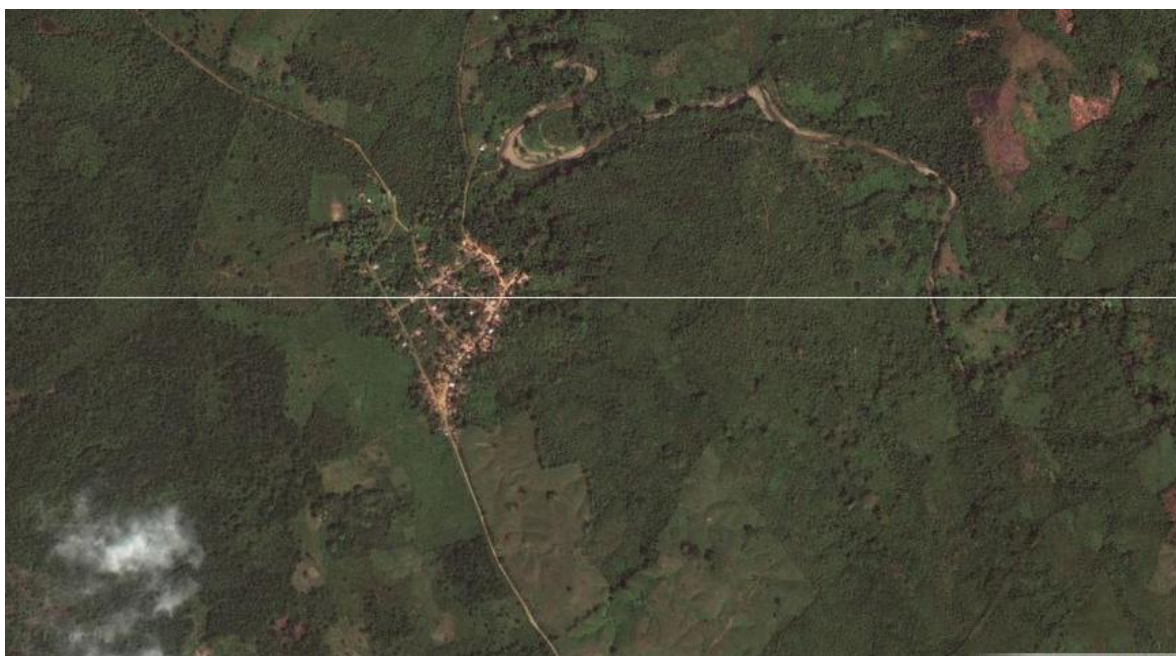
Si es tan efectivo el mapa y la etnización para legitimar la lucha y el proceso organizativo, ¿para qué problematizarlos si más bien es el instante y la oportunidad política para posicionarlos? No obstante, en la actualidad, se han logrado escenarios más reflexivos y decantados de los riesgos y desaciertos del hacer cartográfico, así como de los efectos de verdad imbricados con esta técnica.

¿Qué estábamos entendiendo acompañantes, profesores universitarios y líderes comunitarios por esas categorías? ¿Cómo nos inventamos un juego de palabras y de mapas

¹⁰⁶ Fragmento entrevista Malvis Ariza, Cartagena, marzo de 2013.

¹⁰⁷ Ibidem.

para unir, superponer y combinar todo lo habido y por haber en aras de la legibilidad ante el estado de la gente de San Cristóbal como “grupo étnico” con derechos especiales al “territorio”?¹⁰⁸ Por demás, no es nada fácil traducir la etnización de la gente negra del Pacífico al Caribe. En el mapa 2 se detalla a partir de una fotografía aérea lo espacialidad de San Cristóbal en un paisaje nada parecido a las húmedas selvas del Pacífico.



Mapa 3: Fotografía aérea de San Cristóbal. (Fuente: Google Earth, 2012)

¹⁰⁸ Soy usuaria número uno de esta terminología, ¡cómo no hacerlo! siendo investigadora del Observatorio de Territorios Étnicos, al que le cambiamos el nombre recientemente agregando al final “y Campesinos”. Un grupo por demás nada ingenuo sobre la mirada crítica de los sentidos comunes que constituyen nuestro quehacer profesional. Ahora bien, mi corto paso por los estudios culturales me ha hecho consiente de la necesidad de hacer aún más riguroso mi proyecto político. Esto quiere decir que entre más compromisos adquiero con los habitantes de Montes de María, más me siento responsable del lenguaje que uso, y las prácticas que acompaño, entiendo sus efectos potenciadores pero también sus riesgos estereotipantes.

Mapas y territorios

Es común que el territorio se entienda como algo dado, fijo, anclado en el pasado, sobre todo desde el efecto de la “jerga” del multiculturalismo donde pesa de sobre manera el rol del experto en esa definición. El rol del experto y la construcción del saber siempre implican un posicionamiento frente al poder (Neiburg & Goldman, 1998). En este caso, el poder de representar y de definir el espacio a favor de un grupo que lo habita de manera distinta, y aun así le apuestan al dilema de los derechos y la propiedad colectiva. En tal disputa se enfrentan problemas del lenguaje especializado que proviene de las categorías de análisis de la antropología, la ecología o el derecho, y no de las categorías de uso social de los montemarianos.

El territorio se asocia por definición y casi por obviedad a un escenario material de relaciones, prácticas sociales y actividades humanas, donde se guarda “tradición”, “identidad” y “memoria”. Más aún cuando se trata de indígenas o de poblaciones negras o afrodescendientes. De maneras similares se comprende la dimensión espacial, ésta se considera como el resultado de una asociación natural entre las categorías analíticas y la necesidad de localizar implícitamente a las culturas en determinados lugares desde un enfoque convencional de la etnicidad (Grimson, 2008; Barth, 1969).

De la misma manera, la jergonza multiculturalista afianza la asociación de una “cultura” afromontemariana a unos lugares que siempre han sido inherentes a dicha “cultura”. Supone un isomorfismo entre espacio, lugar y cultura, lo que tiene como efecto, entre otros, que las poblaciones que se reivindican como nativas o tradicionales se perciban como encarceladas espacialmente (Gupta y Ferguson, 2008). En el mapa 1 se ilustra cómo la imagen cartográfica elaborada y consensuada entre el Observatorio y los consejos comunitarios está buscando producir espacialidades de lo negro o lo afromontermano encerrando en polígonos rojos los lugares donde está la gente negra. El mapa los ubica en un plano que no da cuenta de la topografía cambiante ni de las fronteras identitarias tan porosa entre campesinidad y etnicidad. Como señalan Gupta y Ferguson:

La localización física y el territorio físico, que fueron durante mucho tiempo el único plano sobre el cual se podía trazar una cartografía cultural, tienen que ser reemplazados por múltiples planos que nos permitan ver que la conexión y la contigüidad, y de manera más general, la representación del territorio, varían considerablemente según factores de clase, género, raza y sexualidad; y que nos permitan ver asimismo que hay grandes diferencias en el acceso según el lugar que se ocupe en el campo de poder (2008:25).

Esa tesis ha sido discutida desde tiempo atrás por Barth quien en la década de los setenta dijo que había que problematizar si de la profundización de prácticas de aislamiento geográfico y social dependía la pervivencia de los grupos étnicos (1976:7).

Varios líderes, tanto de los consejos comunitarios como de las organizaciones campesinas, han insistido en la elaboración de un mapa cuyos polígonos demarcados no sean los consejos comunitarios, ni las poblaciones campesinas, sino las amenazas concretas como la palma aceitera y la teca. Han argumentado que quien debe tener claro el ámbito de su espacialidad son los recién llegados ahora empresarios del agro y del ambiente. La hiperlocalización debería ser para los que ellos consideran los invasores. La propuesta, muy controvertida es hacer varios mapas de conflictos por la tierra, en el cual se le fije el lindero a lo que hoy está plantado con palma y con teca. Y que tal límite sea inquebrantable, puesto que no podrían seguir ocupando con los agrocombustibles o los mercados de carbono más tierra apta para los sistemas agroalimentarios.

Nuestro territorio está muy amenazado especialmente por un estudio que se realizó para la explotación del petróleo sin consulta previa. Por otro lado, los compradores de tierras para siembra de palma aceitera y teca han ido desplazando la comunidad sin violencia, pero dejando la gente sin territorio para trabajar, estos son los más grandes riesgos que tenemos [...]. La palma aceitera, nos tienen amenazados y sin armas, porque ellos van comprando y nos van dejando sin tierras pero no son de los grupos armados, o pues no se sabe, pero son empresarios importantes.¹⁰⁹

¹⁰⁹ Malvis Ariza, taller de socialización del mapa de afectaciones territoriales. San Cristóbal, marzo de 2013.

El Observatorio en el que trabajo es sin duda el actor institucional más protagónico en la región por su capacidad técnica para el mapeo participativo y por su vocación política. Desde nuestro grupo de investigación, se entiende que la cartografía social trae consigo una interacción, un diálogo entre formas de conocimiento y de representación “técnico-científicas” y “tradicionales”. Hemos pactado que los sujetos mapeadores son (somos) el Observatorio y el consejo comunitario de San Cristóbal, pero a veces se obvia que tal interacción se da en el marco de relaciones de poder, donde no todo está sujeto a discusión ni a participación, y algo más complicado aún, no se problematiza que tales manifestaciones que llamamos tradicionales no son más que respuestas coyunturales a complejas situaciones o a disputas por los recursos. A veces alimentamos la ficción de que existe un mapeo autónomo desde el consejo, pero no es del todo así, en la medida en que el lenguaje, los instrumentos e intencionalidades las vamos decidiendo en la marcha. Esto no lo considero lesivo en sí o problemático, pero en muchos ejercicios de mapeo se soslaya que la capacidad de representar, interpretar y circular tales cartografías no depende de los mapas mismos, sino de los actores que intervienen en contextos específicos. El poder de enunciación se puede construir de diferentes maneras. En el caso de la Universidad en general y del Observatorio en particular, esa capacidad de representación de hablar *por* o hablar *con*, se constituye desde la experticia y legitimidad académica.¹¹⁰

Del lado de los consejos comunitarios el lugar de enunciación es también poderoso, pero no siempre logra influir o transformar complejas relaciones de poder que los excluyen, cuando no los arrasan. Desde los estudios de la subalternidad se ha pensado en este problema; concretamente Gayatri Spivak (1988) con la sugerente pregunta de si puede hablar el subalterno, permite problematizar cómo se da la subalternización, no solo en términos de dominación ni de explotación ni de maltrato explícito, sino también por los efectos de la representación que se va posicionando desde los discursos expertos y autorizados. En el

¹¹⁰ El Observatorio de Territorios Étnicos y Campesinos es muy escuchado y consultado desde el estado. Instituciones como el Incoder, el Ministerio de Agricultura y el Ministerio del Interior y la Unidad de Restitución, requieren información y conceptos en procesos de titulación colectiva, ordenamiento territorial, consulta previa y Zonas de Reserva Campesina. No pasa lo mismo con las organizaciones afro del nivel nacional como PCN, Afrodes, Cimarrones, con quienes tuvimos en principio una apuesta conjunta pero que se fue disminuyendo dado nuestro trabajo con énfasis en el Caribe y menos en el Pacífico.

caso de la cartografía, así sea apropiada por el consejo comunitario, hace parte de una narrativa academicista y estatal, esa forma de demarcar y caracterizar la historia de la ocupación de la tierra, de la diáspora cimarrona o de la violencia, esa manera de hablar/representar al Otro no tiene el mismo efecto puesto en la voz de la gente. Spivak argumenta que la legitimidad para representar está dada por el discurso experto y a los estándares de verdad en cada contexto.

Aun reconociendo los distintos lugares de enunciación del consejo comunitario y los expertos profesores universitarios, se ha logrado anidar escalas de representación espacial regionales, nacionales e internacionales con base en un proceso localizado por fuera de lo “realmente” étnico, por fuera del Pacífico y de San Basilio de Palenque. Ello no ha sido sólo a punta de mapas y de dispositivos de localización. Ha requerido buscar aliados, darle sentido a su mirada y proyecto territorial. ¿Qué redefine ese nuevo hacer cartográfico y esos nuevos sujetos mapeadores, que al igual que los cartógrafos externos no son neutros ni imparciales? Más allá de la evidente lucha por la titulación colectiva, ¿qué otras representaciones buscan y cuáles están forjando? ¹¹¹

Desde el Observatorio y el consejo comunitario de San Cristóbal, hace poco tiempo se intenta problematizar desde dónde, para qué y cómo se invocan las nociones que contextualizan el mapeo y que son sospechosamente homogéneas en muchos de los ejercicios de cartografía social desde los “grupos étnicos”. El vocabulario del saber “tradicional”, de mapeo “propio” nos llevan a caer una y otra vez en la trampa del mapeo que sí es el original, el verdadero, porque lo hace la gente, en este caso, los consejos comunitarios. Lo anterior no implica que queramos una posición escéptica, pero sí se requiere una mirada en detalle de algunos de los sentidos comunes del mapeo social que se ha llamado participativo. Con ello me refiero a que los sujetos mapeadores montemarianos,

¹¹¹ Sobre representación y etnicidad la investigadora Joanne Rappaport (2006) ha analizado el caso del pueblo Nasa y Guambiando jugando con la metáfora espacial del “adentro” y el “afuera”. Analiza Rappaport que no son solo las fronteras territoriales del resguardo las que marcan tal pertenencia sino otros imaginarios sobre la etnicidad.

el Observatorio y la cartografía social deben ser interrogados sobre el conjunto de categorías invisibilizadas con las que se constituyen sus certezas.

Los mapas y los sujetos que mapean desde el consejo comunitario nunca son “puros”, en el sentido de que no son neutros (no hay una realidad “allá afuera” que se quiera poner en evidencia). Se trata de la construcción política de un espacio –de los límites simbólicos y físicos, de los paisajes, de los conflictos por la tierra o por el agua- de lo que el mapa se convierte en un importante agente. Además, si el mapa es veraz o no, eso no es lo que importa. Poca relevancia tiene insistir en que el mapa es más legítimo entre menos intervención externa tenga. Al final, lo que estamos posicionando es la ineludible polifonía del proyecto político de las comunidades de San Cristóbal y no un lenguaje políticamente correcto que case perfectamente con nuestra idea de cómo deben ser estos mapas y el proceso mismo de mapeo.

Una mirada rápida a las prácticas actuales para hacer cartografía social desde el Observatorio como acompañante del consejo comunitario puede ser ilustrativa. Nos preocupa sobremanera la superposición de cartografía social sobre la cartografía temática o topográfica, así como las imágenes satelitales. Esto significa intervenir el mapa mismo del estado, o el de la Federación de Palmeros o el de las empresas mineras. Metodológicamente se contraponen los mapas o cartografías sociales elaboradas por los habitantes de San Cristóbal con los mapas o cartografías institucionales cuyo sustento es sobre todo técnico. Lo que resulta de ahí es siempre novedoso y atractivo visualmente (véase el anexo 10), pero más allá de eso, lo que produce también es la idea equivocada de que se puede retar esa representación solo con intervenir la racionalidad cartográfica. Al respecto el Observatorio afirma:

Debe existir un diálogo entre la elaboración de representaciones espaciales propias desde abajo, mediadas por intereses, proyectos, lenguajes y discursos distintos a los de las instituciones estatales, la empresa privada o también la universidad. De ese diálogo depende, en buena medida, el éxito de las demandas concretas que los consejos comunitarios del Caribe le hacen al estado (Observatorio de Territorios Étnicos, 2012).

En este tipo de ejercicios, que algunos denominan diálogo de saberes o ecología de saberes (Santos, 2006), no siempre se dan en escenarios de consenso o armonía, precisamente porque el consejo comunitario y el Grupo de Cartografía Social están en contextos de tensión al interior de la comunidad, lo que se refleja también en desacuerdos de algunos líderes de San Cristóbal con el Observatorio. Esto lo resume muy bien un participante de San Cristóbal al que poco le gustan los mapas y los denominó “embelecos de los cachacos” en el marco de un taller al que se le invitó a participar y contestó de forma acalorada:

Para qué me sirven todos esos mapas, no me voy a gastar aquí un día pintando, si yo siempre he sabido donde queda mi monte, mi casa, sé también cuánto mide mi tierra y cuánto me han quitado. Usted qué cree, ¿que yo me voy a perder en la roza de aguacate sin esos embelecos de cachacos? ¹¹²

¿Son embeleco de cachacos? Aún me lo pregunto. Tiene razón en tanto los mapas constituyen un lenguaje moderno, en tanto técnica y tecnología de representación muy de moda en el boom de la cartografía social que ya se explicó y que tiene todo que ver con prácticas de legitimidad y visibilidad. Le cabe menos razón si reconocemos que quienes han elaborado toda cartografía que se tiene de San Cristóbal han sido ellos, los del consejo comunitario. Don Israel no necesita los mapas para ir hasta sus cultivos de aguacate o ñame todos los días. Los necesita para demostrar que tiene una tierra familiar justo al lado de donde los cachacos y paisas empresarios compraron la tierra y la sembraron en palma. También para que el consejo comunitario diga si su tierra está adentro o afuera del polígono de la titulación colectiva. Don Israel lo sabe, pero se burla con desdén de los mapas y de los interminables talleres para elaborarlos. Ha dicho en otras oportunidades que los que participan de los talleres se gasta más tiempo en hacer el mapa que en cultivar, que por estar dibujando tienen la roza abandonada o enmontada, que dejen ese embeleco y se pongan a sembrar. De hecho, don Israel al igual que el consejo comunitario no gusta de palmeros, ni de terratenientes ganaderos, es crítico también y le apuesta a las formas de

¹¹² Israel Valdez, taller de cartografía social, San Cristóbal, julio de 2012. Vale aclarar que “cachaco” en buena parte del Caribe colombiano denota persona del interior, casi siempre bogotana o de tierras frías. Hago la aclaración porque en mi caso soy de Cali, de tierra caliente y en más de una oportunidad en Montes de María la gente dice que no soy cachaca así viva en Bogotá.

producción campesina, pero no le halla sentido a que la resistencia deba estar tan arraigada en esas tecnologías. Sin duda todo un personaje, don Israel habla presentando unos enunciados políticos que desestabilizan o desacomodan el plácido lugar de los mapas que todo lo pueden.

Todos estos años en San Cristóbal he perseguido un reto complicado: que la cartografía social es una de las herramientas que puede alcanzar un diálogo entre técnicas que no se excluyan mutuamente y que en efecto subviertan las relaciones de poder. Se intenta desde el Observatorio (2012) equilibrar esa relación y se afirma que son mínimas las dependencias hacia el saber experto que representamos.¹¹³ Pero quienes están en verdadero riesgo, incluso contra sus vidas, son los del consejo comunitario. Hacer mapas en Montes de María, lejos de ser solo bonito, de moda, intercultural y embelecoso (como diría don Israel), también son un acto riesgoso, amenazante para los intereses del capitalismo que allí opera y pone entre ojos a los líderes que se atreven a presentar las amplias investigaciones que con esa herramienta se llevan a cabo.

En las disputas por la representación, las coyunturas y las oportunidades políticas se van marcando con ciertos énfasis. Ayer fueron las luchas agrarias, hoy continúan pero nominalmente son las luchas territoriales. Ahora bien, tal representación implica un acontecimiento relacional y no sólo un problema de percepción-interpretación. Para Stuart Hall (2010) la representación implica un uso del lenguaje para decir algo con sentido sobre el mundo, o para representarlo de manera significativa a otras personas. En ese debate Hall propone además de que el poder de la representación inscribe marcas, clasificaciones

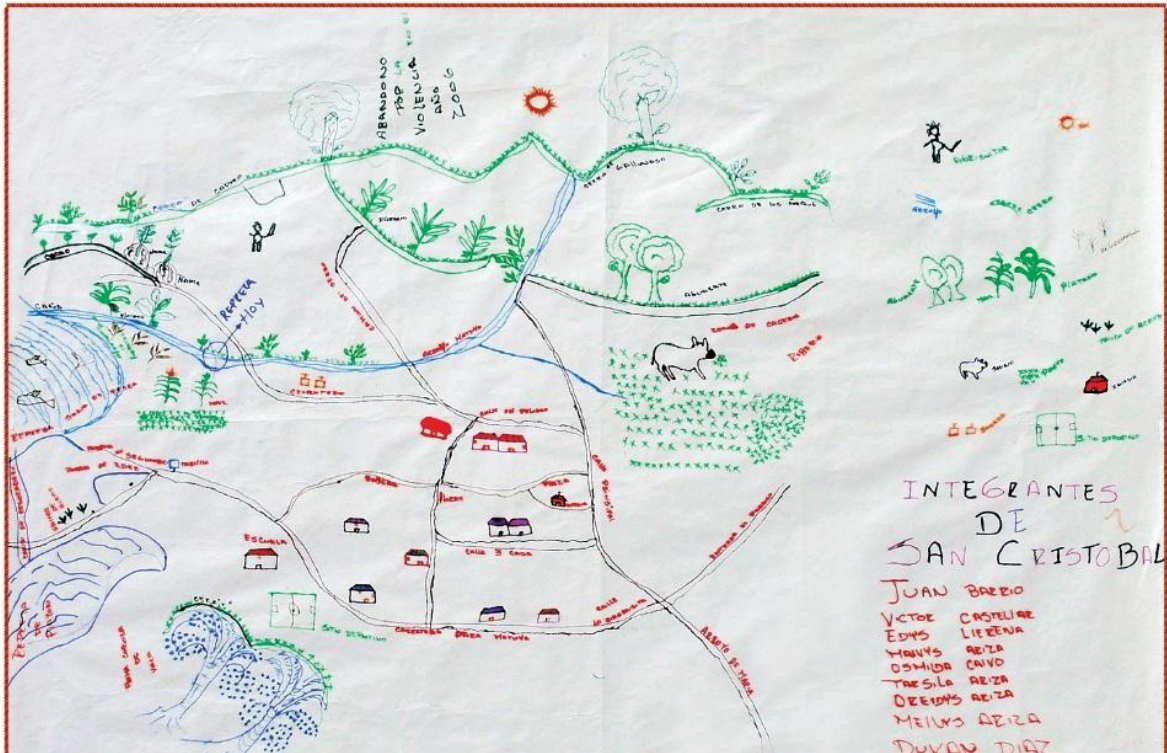
¹¹³ Debatimos con frecuencia entre los cartógrafos, comunicadores y abogados del Observatorio cómo le hemos dado forma a una estrategia metodológica que tiene en cuenta los matices regionales y se articula a otros procesos en marcha, sean planes de manejo, trámites de titulación colectiva, ejercicios de zonificación o concertación de linderos con pueblos vecinos, con base en metodologías que parten de los conocimientos locales, identifican los requerimientos técnicos y utilizan pedagogías que no dependen en grado sumo de los técnicos externos que manejan los instrumentos cartográficos, pues la estrategia involucra que los consejos apropien esas metodologías (Observatorio, 2012: 2).

dentro de regímenes de representaciones que se vuelven formas de estereotipar y que constituye una forma de poder simbólico con efectos en la producción de la diferencia.

En ese mismo debate, Williams (2003: 282) muestra que el sentido de representar “actuar por otros”, suele ser uno de los más extendidos en ciertos lenguajes políticos contemporáneos. Pero durante mucho tiempo su sentido político fue el de “simbolizar”. Es decir, que se usó para decir que alguien estaba presente, no actuando por otros, sino, simbolizando a esos otros. En el anexo número 10 se puede observar cómo el ejercicio de mapeo ha priorizado la caracterización de las afectaciones territoriales y ha hecho del manejo de esas técnicas una herramienta útil para simbolizar y clasificar los problemas preexistentes a la etnización.

Del grupo de mapeadores en San Cristóbal hay una completa sistematización (Osorio y Herrera, 2011) y se ha argumentado por nosotros y por ellos que se trata de una experiencia de contracartografía. La pregunta que cabe es si es así, si realmente tiene la capacidad de subvertir, desacomodar la representación que indica que esa tierra se puede arrasar, se puede sembrar de palma y teca, o se puede usar para explotación de gas.

Es contracartografía en el sentido que se superpone con los mapas de vocación minera y agroindustrial, y contrario a una zona de exploración de gas, el consejo comunitario planifica el uso de la tierra para fomentar y aumentar el área plantada en sistemas agroalimentarios. El mapa ayuda a decirlo, pero es en el proceso cartográfico donde reside ese efecto político (el anexo 10 ilustra muy bien esta afirmación).



Mapa 4: Cartografía Social del Territorio Tradicional de San Cristóbal

Ulrich Oslender afirma que “en el caso del movimiento social de comunidades negras en el Pacífico colombiano que se define como una organización étnico-territorial, la lucha por el territorio está explícitamente vinculada a una reinterpretación del espacio y su significado para los actores locales” (2002: 4). En el caso del Caribe colombiano, la tierra está en el centro de las luchas políticas de las organizaciones desde tiempo atrás. Enunciar estas luchas en clave de derechos territoriales es el giro que documento, pero el espacio siempre ha estado politizado. Actualmente, con mayores certezas políticas, tal como lo afirma el antropólogo Cristóbal Gnecco “territorio y alteridad étnica son elementos fundamentales de la taxonomía social [...]. La alteridad es inseparable del territorio porque es su plataforma de definición” (2006: 221).

La cartografía social en el Pacífico y San Cristóbal ha sido parte del lenguaje y práctica del multiculturalismo liberal, su expresión tiene varias caras en San Cristóbal. Celebrativo en la esfera pública y profundamente contradictorio al interior de las organizaciones que tienen

claro que etnizarse es una apuesta más segura en la actualidad que la lucha por la tierra. No es un simple juego de palabras que a la tierra hoy se le diga territorio, que los campesinos reclaman un tratamiento de grupo étnico y que las juntas de acción comunal sean ahora consejos comunitarios. No es un simple cambio de nombre, sino un proceso posible e imaginable por multiformes actores que interrelaciona viejas disputas agrarias, lenguajes expertos de acompañantes, otras formas de relación con el estado, y un discurso de sí que inaugura otras subjetividades.

En San Cristóbal se ensayan todo el tiempo definiciones y articulaciones de qué entender por territorio. Las definiciones así como las opciones políticas no están cerradas sino en elaboraciones circunstanciales y coyunturales. En uno de los ejercicios de cartografía social, previa a la publicación que sistematiza toda la experiencia, hice la pregunta del para qué todo ese ejercicio, las respuestas nos ayudan a evitar llegar a conclusiones fijas e inmutables sobre lo que está sucediendo en Montes de María.

Porque nos han intentado desplazar, pero hemos hecho resistencia todo el tiempo y estamos dando lucha por su territorio. De hecho, los grupos no nos piden que salgamos si no por medio de la sugestión, intimidación o propiciando el miedo entre los habitantes. Por eso entre el 50% y 60% de las personas de la comunidad se han desplazado, a ciudades como Cartagena, Barraquilla, Venezuela y municipios de por aquí. Yo he pensado que con la cartografía y saliendo a caminar otra vez la serranía se puede recuperar lo que hemos tenido.¹¹⁴

Está también presente la preocupación por la salud del ecosistema, porque el problema de palma no es la pérdida de la tierra únicamente, sino los cambios en los flujos hídricos, la introducción de pesticidas y el cambio ecosistémico que afecta el espacio que ellos han habitado con otras estrategias productivas.

A la palma le echan un veneno y cuando cae en la represa mata los peces, los mapas los podemos hacer de manera que se vea antes y después. En unas oficinas en Cartagena o las traen desde Bogotá, se compran unas fotos que le muestran a uno por años como eran las

¹¹⁴ Fragmento de Entrevista con Oreylis Ariza, San Cristobal, marzo de 2013

tierras. Con base a ello vamos recogiendo con los mayores las historias de ellos y así demostramos que tenemos razón, que estábamos mejor sin palma y sin las exploración que están haciendo los de Ecopetrol que vienen a contaminar nuestros suelos y el medioambiente en general.

Los sujetos mapeadores de San Cristóbal entienden lo estratégico de pensar en clave de territorio, de darle forma y contenido para procedimientos concretos como la titulación, la restitución, las consultas previas o los planes de desarrollo regional. Para cada una de esos escenarios se prueban nuevas interpretaciones que definen y movilizan políticamente qué son y para qué son el territorio y el consejo comunitario.

Un colega del Observatorio que pasa buena parte de su vida en campo, me hizo una llamada en junio de 2011 que me dejó inquieta por los riesgos concretos para la gente de San Cristóbal de mostrar que el mapeo es controlado por ellos y que así pueden decidir con base en esos mapas temas de profundo debate en la región. En resumen, la llamada anunciaba el inicio de la exploración de hidrocarburos en San Cristóbal, dado que por ahí pasa una de las fallas prioritarias para la Agencia Nacional de Hidrocarburos.¹¹⁵ Eso era más o menos previsible, lo que nos sacudió es que contratarían a miembros del Grupo de Cartografía Social para la demarcación de la ruta por donde se harían las detonaciones sísmicas para esa fase exploratoria. Ellos, en el escenario de consulta previa, habían mostrado su gran potencial en el tema con el propósito de no ser engañados por la empresa que llevó mapas desactualizados. Pero como los mineros y petroleros no son obtusos, intentaron cooptar ese potencial. Los contrataron en efecto por tres meses, lo que generó rupturas al interior del consejo comunitario. Algunos alcanzaron a sospechar de para quién entonces era que estaban haciendo el mapeo. “¡Mire los pelaos con esos juguetes [GPS] en los problemas que se pueden meter!”, comentó la señora Tarsila en una conversación posterior.¹¹⁶

La noción de territorio es siempre política, por lo que no es muy claro cómo los mapeos y las georeferenciaciones traen consigo la despolitización de las tecnologías del mapeo y la

¹¹⁵ Bloque Sinú San Jacinto 4 detallado en el anexo 9.

¹¹⁶ Conversación telefónica con Tarsila Ariza, septiembre de 2011.

naturalización de las mismas. Los sujetos políticos que están mapeando y constituyéndose: consejos comunitarios, organizaciones sociales, académicos y activistas, sobredimensionan (sobredimensionamos) el poder de tal instrumento, al punto de que en función de la técnica, se ocultan las tensiones entre los miembros de la comunidad, los significados en disputa del territorio colectivo, y la tensión entre las identidades basadas en la ANUC y otras basadas en el multiculturalismo. El mapa aplana. Pero la cosa es más complicada que un simple acto de omisión o de inocencia, más allá de la intencionalidad, se trata de un dispositivo inescapablemente político. Con todo y ello, es complicado no caer en la trampa que reduce el espacio al mapa, y las prácticas territoriales a la representación gráfica de las mismas (sea convencional, georeferenciada o a mano alzada). La confianza en el mapa que tanto se critica vuelve una y otra vez como punto de partida de los mapas sociales que se piensan en contra del rigor científico, pero que paradójicamente no pueden deshacer el fetiche del mapa como fiel copia de la realidad. Todo régimen de representación es un régimen de poder formado, como Foucault (1981) nos recuerda, por el efectivo dúo “saber/poder” (p. 75).

Encerramiento de la diferencia

Mary Roldán (1998) analiza cómo la diferencia tiene “patrones” espaciales producidos y soportados en relaciones de poder y de discriminación. La autora con base en un estudio sobre Antioquia da cuenta de cómo supuestas diferencias culturales definen fronteras geográficas en una especie de mapa imaginario que asigna un lugar disímil y jerarquizado a los distintos grupos sociales. En el caso de San Cristóbal hay similitudes con esa manera de marcar e imaginar sujetos y lugares, pero con una perspectiva distinta: las organizaciones son sujetos políticos que mapean y ayudan a dar forma a ese espacio imaginado y materializado como “étnico-territorial”. No es desde afuera que se dictan cómo son, sino que es claramente relacional la producción de espacios dinamizados en la búsqueda de darle forma a las identidades territorializadas (Fisher, 2011).

Con ello no quiero decir de manera alguna que se trate de gente que simplemente abraza una nueva identidad colectiva para obtener ventajas materiales, como si fuera solo instrumental para gestión de recursos y capitales concretos. Es más complejo que eso; no es

la etnicidad como recurso, como moneda de cambio por más derechos, sino como identificación, como configuración en relación con el contexto inmediato montemariano en vínculo con los repertorios sobre etnización de comunidades negras en otras latitudes. “La identidad es “situacional”, pues depende de dónde se encuentre uno, con quién esté hablando y por qué motivo lo haga: existe como un punto móvil entre lo que una persona afirma para sí misma y lo que los otros le atribuyen” (Wade, 2002: 256).

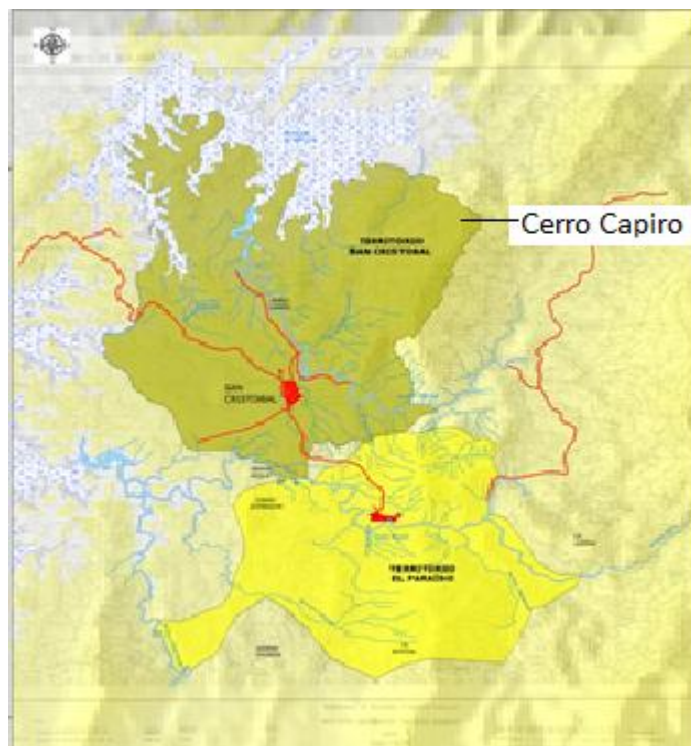
Para Bocarejo, “la reterritorialización de la identidad, y de las políticas de la identidad, se han impulsado de manera paradójica en un contexto pensado como desterritorializado y globalizado” (2008: 2). Lo que ella enuncia como el proceso de espacialización de la diferencia “reproduce una distopía que encierra e hiperlocaliza la diferencia cultural” (2008: 2). El planteamiento de Bocarejo contribuye a analizar en San Cristóbal donde, no solo los mapas, sino la historia local están atravesados por hechos traumáticos de guerra que expulsaron a más de la mitad de los habitantes. Así, en contextos adversos, reterritorializar a partir de las subjetividades como consejos comunitarios constituye nuevos sentidos espaciales.

El mapeo en San Cristóbal combina instrumentos de medición georeferenciados con formas locales de tiempo y espacio: donde ahora hay una coordenada por la que se pelean con el consejo comunitario vecino, antes solo había un punto de referencia que los habitantes conocen como “la media legua”. Pero el imperativo jurídico del mapa para el trámite de titulación colectiva obliga a que los dos consejos definan por dónde es qué va el lindero. Para ello hay que cerrar en la imagen cartográfica el área que corresponde a cada consejo. El mapa supuestamente no tolera la duda o la ambigüedad, necesita un número en el sistema de coordenadas que sea “copia” de lo que contendrá el título como tal. La falsedad más verdadera de un mapa es que nos propone distorsiones espaciales revestidas de certeza.

En el mapa 4 está tal cual el resultado de uno de los ejercicios a mano alzada. En él no es claro un límite como tal, ya que desde la percepción de quienes lo hicieron no es posible cerrar con líneas lo que ellos consideran como San Cristóbal porque hay discontinuidades geográficas, montañas, cuerpos de agua, etc. que no pueden ser aplanados con el mapa

georeferenciado. Pero, lo primero que se hace para meter en el sistema de coordenadas un mapa de esas características es centrarlo a la manera convencional, con el norte hacia arriba. En el mapa 4 el norte es lo que está dibujado al occidente, es decir la represa de Matuya. Y en la parte superior de ese mapa están los cerros, que en la convencional cartografía técnica se localizan al nororiente. Los sancristobaleros entienden ese espacio de acuerdo a las fuentes de agua, como se pueden notar, el arroyo de Matuya viene de esas montañas y desemboca en la represa, con ello la metáfora o noción local del “arriba” se marca por el curso del agua, no por el GPS.

Ahora bien, traducir eso a la cartografía convencional, da como resultado el mapa 5, en el cual hay un polígono como tal, una representación espacial cerrada, amurallada, cuyas fronteras parecen cada vez más inquebrantables. El cerro Capiro antes el “arriba” ahora es el oriente y la represa el norte. Como es de imaginar, solo quienes están familiarizados con el uso de ese tipo de cartografía entienden esos mapas, para otras personas es casi imposible localizar algo en él sin una explicación detallada de que el mapa a la luz de la gente de San Cristóbal está volteado, está equivocado. Como lo ha dicho el mismo don Israel cuando se acerca a curiosear (en qué pierde el tiempo la gente) confirma que esos embelecos de cachacos solo los entienden los cachacos. “Eso no sirve”, me ha dicho varias veces en mi cara.



Mapa 5: Espacialización del mapa social en el sistema de goreferenciación. Fuente: Observatorio de Territorios Étnicos. 2012

En San Cristóbal, la espacialización de la diferencia tiene cada vez más riesgos que se materializan en cerramientos espaciales y otros efectos vinculados con las tensiones por el uso, la propiedad y el control de lugares y recursos naturales como las Zonas de Reserva Campesina actualmente en trámite de constitución.¹¹⁷ Ya no es solo insistir en la frontera que deben defender de los palmeros, sino que además se percibe hasta cierto punto que los procesos campesinos también pueden menoscabar los intereses del consejo comunitario frente a la titulación colectiva.

¹¹⁷ Las Zonas de Reserva Campesina (ZRC) constituyen una figura jurídica cuyos objetivos son la regulación, limitación y ordenamiento de la propiedad rural, la eliminación de su concentración y el acaparamiento de tierras baldías, la adquisición o implantación de mejoras, el fomento de la pequeña propiedad campesina y la prevención de la descomposición de la economía campesina del colono y la búsqueda de su transformación en mediano empresario. Aunque aparecen en la vida normativa nacional en el año 1994 con la Ley 160, son resultado de los diversos procesos de exigibilidad política emprendidos por campesinos y colonos, en el marco de los cuales surge la idea original de la figura, que con el tiempo se complejiza y logra su formalización (Ilsa, 2012).

De otro lado, no es solo que la hiperlocalización de la diferencia contribuya a una comprensión cerrada de las relaciones sociales entre los del consejo comunitario en contra de las empresas. Es más complejo que eso; en San Cristóbal, preocupa el hecho de que tales fronteras, que jamás existieron graficadas antes del desplazamiento (porque no había mapas corregimentales en Montes de María), están generando conflictos con los vecinos que no se reconocen como afros o negros. Es decir, la hiperlocalización empieza a tener efectos contradictorios, ya no de defensa sino de amenaza interna para campesinos que pertenecen a otros procesos organizativos distintos a los de los consejos comunitarios.

Si el espacio y el territorio son una producción social (Montañez, 2004) el territorio no solo connota la idea de algo cerrado representable en un mapa, sino también un sentido político de relaciones sociales que pueden expresarse como hegemonías o subordinaciones aceptadas, toleradas o soportadas por otros actores sociales y que, a veces, son un mecanismo para regular sus propias relaciones. Las prácticas de mapeo social y la utilización de sistemas de información georreferenciados empleados por el consejo comunitario Eladio Ariza y las instituciones, tienen como efecto la definición de una demarcación espacial cuyas fronteras se determinan difusamente por la etnización de la gente negra de San Cristóbal. ¿En qué medida la cartografía social contribuye a la legitimación de los procesos de titulación colectiva que apelan a la etnización en el Caribe colombiano?

Los investigadores sociales que han incorporado los mapas como problema, parecen coincidir en la necesidad de pensar el poder de las construcciones espaciales como una manera de proponer el “orden de nuestro mundo” (Harley, 2005: 201). Esto podría ayudar a entender mucho mejor el proceso a través del cual un espacio adquiere una identidad específica como lugar o como territorio negro a través de los mapas, en el caso de San Cristóbal.

Como he mostrado hasta ahora, los mapas son artefactos políticos y de poder en sí mismos (Craib, 2008), además de ser una representación que reproduce y es reproducida por la

diferencia. Ya se detalló que Montes de María es una geografía imaginada en los textos académicos y en notas de prensa como violenta, campesina y en mucha menor medida como región afrodescendiente.¹¹⁸ Sin embargo, con la elaboración de mapas propios desde los consejos comunitarios se proponen otras formas de imaginar lo montemariano para sus propios habitantes y para los de afuera.

Para Gupta y Ferguson (2002) los mapas configuran el sentido común de una clara correspondencia entre la diferencia cultural y el espacio (en términos de uso local en los Montes de María, más que espacio se trata de territorio). Es por ello que la cartografía es un dispositivo revestido de poder para producir o reforzar diferencias espaciales y por tanto sociales. Siguiendo a estos autores, los clásicos mapas etnográficos que pretenden mostrar la distribución espacial de pueblos, tribus y culturas, reproducen ese imaginario de la diferencia cultural anclada en un lugar. En ese sentido el espacio y el mapa falsamente se constituyen en una especie de plano neutro sobre el cual se inscriben las diferencias culturales. ¿Opera de la misma manera el mapa de la “diversidad étnica” en Colombia que indica los lugares de lo negro en el Pacífico y no en el Caribe o en los Montes de María? Es decir, la fuerza del mapa que ubica los resguardos indígenas en Colombia y los títulos colectivos de comunidades negras en el Pacífico, contribuyen a reforzar ese imaginario de lo negro y lo étnico-territorial en unos lugares y no en otros.

En síntesis, la discusión sobre los mapas y la etnización está siendo abordada desde múltiples campos disciplinarios. Los más recientes movimientos de la teoría social se interesan en el análisis de la naturaleza espacial de la realidad social, e insisten en la necesidad de construir una nueva ontología espacial que permita dar un tratamiento teórico adecuado a estas nuevas problemáticas (Delgado, 2003:18). No obstante, lo étnico como formación identitaria múltiple y compleja en regiones no imaginadas como negras, no ha sido documentado a partir de una crítica cartográfica que ayude a dar cuenta de las

¹¹⁸ Ver las notas de prensa del anexo 9. La noción de geografía imaginaria la retomo de Edward Said (2002). En su tesis sobre el orientalismo Said afirma que una historia y geografía imaginaria “ayuda a la mente a intensificar su sentido de sí misma, al hacer más radical la diferencia entre lo que se encuentra cerca a ella y lo que está lejos [...] Esa imaginación ha adquirido un valor imaginativo o figurativo que podemos nombrar y sentir” (Said, 1978: 33)

construcciones espaciales y territoriales que están en el corazón del debate y de la realización de estos proyectos, agenciados por movimientos sociales. Como se demuestra en la bibliografía consultada, análisis similares se han pensado ampliamente en el Pacífico; pero, en el Caribe, una región donde están emergiendo los consejos comunitarios aún no está siendo documentada en estos términos.

Tensiones y posibilidades de la propiedad colectiva en San Cristóbal

El lenguaje experto que desde la academia hemos empleado en San Cristóbal tiene entre sus finalidades reconocer la multiplicidad de experiencias y trayectorias históricas de las poblaciones negras. Tal es el caso de Montes de María, en donde las nociones jurídicas imperantes acerca del territorio no se corresponden con las trayectorias históricas de sus pobladores, lo que tiene como unas de sus consecuencias más perversas el que sea con base en la legislación existente que se esté negando el acceso a los derechos de protección sobre las tierras que históricamente han habitado.

Cuando participé como profesora del curso de cartografía en San Cristóbal en el 2009, el primer ejercicio que realizamos fue buscar la cartografía disponible para la región de cada estudiante. La primera noticia para los asistentes al primer encuentro fue desalentadora, pues no conseguimos el topónimo San Cristóbal en la cartografía digital del estado colombiano, por lo que procedimos a buscar planchas topográficas de años anteriores.¹¹⁹

La cartografía convencional sobre la que se mapea el estado colombiano no tiene solo la pretensión de describir y localizar; sino que también pretende clasificar, abstraer y presentar una reducción de la realidad que representa. Basta con analizar los mapas temáticos de minería o de hidrocarburos para identificar que no aparecen los centros

¹¹⁹ En el marco de mi trabajo como investigadora del Observatorio, conseguimos información oficial en planchas topográficas de 1976 y de 1992. Dichas planchas a escala 1:25.000 reposan en los archivos físicos del Instituto Geográfico Agustín Codazzi –IGAC– entidad oficial que elabora la cartografía del estado colombiano y cuyos archivos están en Bogotá y en las oficinas regionales, en este caso en Cartagena. Cada plancha tiene un costo aproximado de \$22.000 pesos colombianos, por lo que el acceso para comunidades rurales es limitado cuando no imposible, por el costo de la plancha y del transporte hasta la capital departamental.

poblados pequeños y además como se borran del mapa las fuentes de agua y tomas de acueducto que justo se traslapan con esos proyectos mineros (Fierro, 2012). Las planchas topográficas y de catastro oficiales (con fuente Instituto Geográfico Agustín Codazzi) para la región están extremadamente desactualizadas (aproximadamente 15 años), lo que sin duda contribuye al desconocimiento de la existencia de consejos comunitarios en las zonas altas de los Montes de María.

En este caso, cobró mayor sentido la propuesta de auto mapear el territorio, de proponer una noción propia de lugar habitado que pasara por los mapas pero que no se redujera a la expresión gráfica de los mismos. Para ello se ajustaron propuestas de la cartografía social y técnica, reinterpretados a la luz del proceso político en torno a la defensa de la territorialidad de las comunidades en cuestión.¹²⁰ Este ejercicio supuso no ajustar el mapeo a los talleres convencionales para hacer mapas, sino a entender que detrás de la cartografía, la medición y los linderos, emergen otros sujetos que mapean, clasifican y deciden sobre los espacios habitados y reinventados como lugares de los negros o los espacios anclados a conceptos de diferencia cultural.

Los mapas elaborados por los jóvenes del Grupo de Cartografía se han convertido en una herramienta central en la propuesta de defensa del territorio y ha cobrado mucha importancia en los procedimientos de titulación colectiva, pues al no haber información desde el estado el consejo comunitario se convierte en la fuente que recoge el recorrido de un trabajo colectivo cargado de la sensibilidad y el sentido que le dan los habitantes del pueblo. El Incoder, en consecuencia, podrá adoptar ese mapa “desde abajo” como la base para la elaboración de la topografía del título colectivo, en dado caso que fuera adjudicado. Buena parte de lo que se ha hecho en estos años, se espera que quede incluido en el mapa “oficial” del título colectivo. En consecuencia, se aspira a que la cartografía social en tanto que dispositivo eficaz para la materialización de las reivindicaciones territoriales, se vea recogida pronto por el estado antes de que no quede nada para titular.

¹²⁰ Como expliqué, quienes se interesaron en esta estrategia fue la gente jóvenes principalmente, hombres y mujeres entre 16 y 26 años.

Es clave entonces articular al análisis de los mapas que resultan de la aplicación de las técnicas de cartografía social y los efectos de esas representaciones a las metodologías mismas utilizadas para su elaboración. Sobre la cartografía social hay múltiples definiciones, tantas como los debates que suscita la aplicación de estas metodologías entre organizaciones, movimientos sociales, académicos, ONG, etc. Incluso hay diferentes formas de nombrarla. Están quienes prefieren hablar de cartografía propia (Vargas, 1990). Otros han acuñado nombres como mapeo social o auto mapeo (Offen, 2011), y un grupo perteneciente a proyectos asociados a la ONU y al Banco Mundial, usan la noción de “cartografía participativa” (Corbett, 2010).

En todo caso, aun cuando importa la manera de nombrar las tecnologías y las metodologías de elaboración de los mapas, parecería que en todas están en juego las apropiaciones de técnicas y los modos de representación cartográficos modernos por parte de grupos sociales en desventaja para hacerse visibles como “etnia”. Para el profesor Alfredo Wagner, es preferible hablar de una nueva cartografía que tiene como propósito y como estrategia política mostrar hacia afuera de los colectivos (sean o no grupos étnicos) el control y dominio de un espacio territorial, más allá del significado de la tierra o el territorio para cada colectivo (2010: 11). Wagner insiste en que la cartografía social no puede ser tomada como una simple técnica que ayuda a describir contextos y a acompañar diagnósticos. Si bien puede ayudar en ese tipo de ejercicios, los mapas producto de las concertaciones entre pobladores de una región como los Montes de María son, ante todo, una práctica afirmativa del lugar que ocupan estas poblaciones en regiones donde se compite con las estrategias y los mapas del despojo (contextos mineros, de confrontación armada, de agrocombustibles, etc.).

Ahora bien, la cartografía social como concepto y tecnología de representación se redefine continuamente en razón de las prácticas de los actores sociales que se vinculan a ella de manera diferenciada. No es lo mismo un proceso de mapeo en el Pacífico, con la institucionalidad disponible para la expedición de los títulos colectivos, que la construcción de mapas que trazan fronteras étnicas en el Caribe en regiones sobre todo pensadas como

campesinas. Esos mapas que desafían el sentido común sobre los territorios negros, esos mapas que deshacen las “fronteras étnicas” del Pacífico para anclarlas al Caribe colombiano, no pueden ser solo entendidos como el resultado de la aplicación de unas técnicas.

En la región se habla más de cartografía social y de una noción más o menos reciente: la contracartografía. Esta última implica discutir, controvertir, criticar y proponer una visión contraria a la fuente espacial que se pretende “oficial”, en este caso, al mapa. Este ejercicio ha ayudado a darle forma a la propuesta que tienen las organizaciones en la zona en el sentido de recuperar las áreas de agricultura en las cuales antes del recrudecimiento de la guerra se tenían importantes zonas de economía campesina que posicionaron a la región como despensa agrícola. Principalmente, la contracartografía de San Cristóbal que se está elaborando actualmente a partir de técnicas de mapeo en tres dimensiones (con maquetas) quiere dar cuenta de una región donde no hay solo palma aceitera. No tratan ellos de pintar un mapa sin palma simplemente, sino que la construcción de mapas propios pensando en alternativas productivas para la región le imprime un gesto político reivindicativo a las tierras que han perdido por distintas razones y que son susceptibles de recuperar en el naciente escenario de restitución de tierras.¹²¹

Los mapas sociales construidos por los consejos comunitarios y con participación protagónica del grupo de cartografía son una representación del espacio montemariano circunscrito a los lugares que usan actualmente estas organizaciones. Sin embargo, así como muestran algunos atributos, relaciones o características, no muestran otras pero no siempre se pueda develar lo que ocultan –el silencio de los mapas– (Harley, 2005). Hay una

¹²¹ Véase en anexo 10 el mapa actualizado con las afectaciones que tienen lugar en San Cristóbal por razones múltiples. Frente a la restitución es importante aclarar que San Jacinto está microfocalizado para la aplicación de esa legislación (Ley 1448/2011). En notas de prensa y en la web de la Unidad de Restitución de Tierras se anuncia que “Mediante resolución RMB 0001 del 31 de Julio de 2012, se determinó la viabilidad de iniciar los procesos de restitución en el municipio de San Jacinto, del departamento de Bolívar. por tanto se requiere a quienes hayan sido despojados de sus tierras en dicha región, comparezcan a la Unidad de Restitución en la Calle 24 No. 54-21, en el municipio de El Carmen de Bolívar, o a cualquier oficina del país, con el fin de realizar los trámites correspondientes” (Unidad de Restitución de Tierras, 2012).

minuciosa selección de qué mostrar hacia afuera y de qué aspectos reservarse. Esto es un ejercicio de autonomía: construir pero a la vez controlar lo que circula en relación con su territorialidad sin depender de los confusos mapas del estado que los borran o los cosifican. Se callan por ejemplo aquellas parcelas que en el proceso de reforma agraria no alcanzaron a formalizarse plenamente y podrían estar en una situación de indefinición tal, que si no se logra el título colectivo, los anteriores dueños, según ellos, gente millonaria de Cartagena, podría reclamar esas tierras. Se deja sin información las zonas de bosque seco tropical sobre los que ya hay presión de la frontera agrícola. No queda para nada bien que ellos estén talando áreas con restricciones de uso. Ahora bien, lo hacen porque la zona baja está mayoritariamente ocupada en palma y escasean los lugares para sembrar yuca, ñame, plátano, frijoles, aguacate, frutales, etc. Se callan muchas cosas más que no me es ético compartir en este texto.

Todo ello debe entenderse en contextos más amplios. J.B. Harley, historiador inglés a quien se le atribuye la autoría de la crítica cartográfica, dice que los mapas cobran sentido por varias razones, entre esas, el contexto político. Con ello se refiere a las fuerzas sociales que regulan la elaboración y los usos de los mapas, así como al ejercicio de poder que estructura el contenido de los mismos (Harley, 2005). Ese ejercicio de poder no reside solo en los imperios o monarcas con los que discute la tesis de Harley; para este caso, es un poder que se anida en los ejercicios de autonomía territorial que agencian las organizaciones sociales, con sus propias reglas del juego, y que combinan instrumentos de medición que no suplantán las formas locales de tiempo y espacio. Esos mapas variopintos que resultan de la combinación y diálogo entre cartógrafos comunitarios y cartógrafos de las universidades o las instituciones, deben analizarse en el contexto histórico específico de los Montes de María donde se sobreponen discursos expertos, lenguajes científicos y reivindicaciones étnicas durante el proceso de mapeo social.

Autores como Harley han contribuido a problematizar la noción de territorio, desde la corriente teórica y política que ya cité conocida como la crítica cartográfica. Algunos afirman que el mapa, por su capacidad de representación, antecede el territorio, lo engendra, lo delimita. Sobre este tema hay amplios debates, principalmente en el ámbito de

la historia cartográfica, perspectiva que tiene todo el sentido para analizar los mapas que construyen el consejo comunitario Eladio Ariza de Montes de María. Otros autores como Raymond Craib (2000) y John Pickles (2004) le otorgan poderes excepcionales al mapa (en este caso mapa social) ya que entienden el mapa como una expresión de deseos, más que una sumatoria de la realidad, los mapas constituyen un componente clave en la comprensión de la formación política y cultural de los estados-nación. ¿Qué es trazar una línea sino la propia creación de nuevos objetos? ¿Qué líneas trazamos, cómo las trazamos, qué efectos tienen éstas, y cómo es que cambian?, son preguntas cruciales que plantea Pickles (2004: 72).

Sin embargo, hay que señalar algunos problemas con relación al mapeo, que no son exclusivos de Montes de María, pero que en este caso nos ayudan a ejemplificar las tensiones que suscita en San Cristóbal. Para el Grupo de Cartografía Social y buena parte del consejo comunitario, el mapa es tan central en el debate a tal punto que muchas veces reemplaza la discusión política sobre el lugar que ocupan esos mapas en el proceso, y no el mapa por el mapa. El mapa cobra vida y tiende a volverse la voz de San Cristóbal. Afirmaciones como: “pero ¿así lo dice el mapa?” y “si el mapa dice que así es ¿no hay que discutir más?” se han escuchado en los talleres de estos años. El mapa dice lo que los mapeadores quieren que digan y los significados que le atribuyen quienes los interpretan. Se corre el riesgo de revestir al mapa social de las abstracciones que tiene la cartografía oficial que controvierte.¹²²

Si los mapas producen o reproducen relaciones de poder y a la vez son el resultado de estas, el mapa oficial y el que hace la comunidad de San Cristóbal son ambos una forma de conocimiento construida socialmente. Es obvio que responden a estrategias distintas, se sitúan en escalas y momentos diferentes y a veces antagónicos. Thongchai Winichakul afirmó que un mapa es “un modelo para —en lugar de un modelo de—lo que pretende representar” (1997: 130). En San Cristóbal la construcción del plano cartográfico,

¹²²De manera convencional, la cartografía oficial y los mapas producidos bajo la rigurosidad del método cartográfico se presentan como el resultado de un conocimiento probable, exacto, verdadero, producto irrefutable y reflejo fiel de la realidad, con base en una ciencia acumulativa y objetiva (Derek, 1987: 245-247; Harley, 1992: 46).

incorporado en el sistema de convenciones, fijó una manera gráfica que respalda la afirmación política: “este es nuestro territorio”. Incluso el mapa que ubica a los tres consejos comunitarios de la región (San Cristóbal, Palenque y Paraíso) y muestra sus relaciones cercanas o distantes, también alimenta la geografía imaginada de un nosotros negros o *afromontemarianos* y *palenqueros*. Por tanto, produce lugares concretos y toponímicos que configuran realidades espaciales.

Ejemplos concretos que se han dado en los Montes de María son la ubicación de vallas con el nombre del consejo comunitario en el centro poblado y en los linderos que el mapa reafirma, la ubicación de mensajes que advierten que la tierra no está en venta por ser un territorio afrodescendiente, el control sobre el manejo de los recursos naturales y la búsqueda de nombres en lenguas africanas para renombrar lugares de importancia para ellos, como los arroyos o montañas. En la foto de la portada de esta tesis se ilustra este tipo de marcación espacial que manda un mensaje contundente de que el consejo comunitario está en contraposición a las estrategias de mercado de la palma de aceite, de los hidrocarburos o de las plantaciones forestales.

Algunos análisis desde el marxismo proponen que las relaciones de poder determinan distintas espacialidades. Las geografías desiguales que propone Neil Smith (1990) problematizan la relación entre espacio y acumulación de capital. Con ese marco, la relación espacio y capital, o mejor aún la espacialización del capitalismo en San Cristóbal debe ser rastreado para no analizarlo como un problema a escala montemariana.

Con los vecinos palmeros, los problemas son constantes: cierre de caminos, instalación de cercas eléctricas que les impiden el paso entre fincas familiares, contaminación del agua, intimidación, etc. Esos asuntos son tan apremiantes que cerramos la comprensión del problema a lo cotidiano sin dimensionar que se trata de dinámicas del capital a escalas planetarias. El despojo en San Cristóbal está conectado con los mercados de agrocombustibles que el ex ministro Carlos Murgas dinamiza en Latinoamérica. Se trata de capitales transnacionales que hay que rastrear a partir del flujo de la palma de aceite y de las transacciones transnacionales de carbono, en la medida que el espacio que actualmente

habitan las poblaciones negras de los Montes de María constituye lugares de conflictos por proyectos agroindustriales que implican concentrar el control de las tierras y de quienes la habitan, sean o no sujetos con identidades étnicas. Así, los planteamientos de Smith, abren un campo de debate para trascender la crítica al multiculturalismo liberal y sus prácticas concretas en San Cristóbal, problematizando aspectos como la acumulación de capital, las relaciones de clase y del campesinado, y no sólo de las nuevas formas de autoreconocimiento en el terreno de la etnicidad. A menudo los análisis de acumulación de capital reducen todo a eso. San Cristóbal en particular y Montes de María en general son un panorama muy complejo donde los ejes de etnicidad y clase son fundamentales para el análisis.

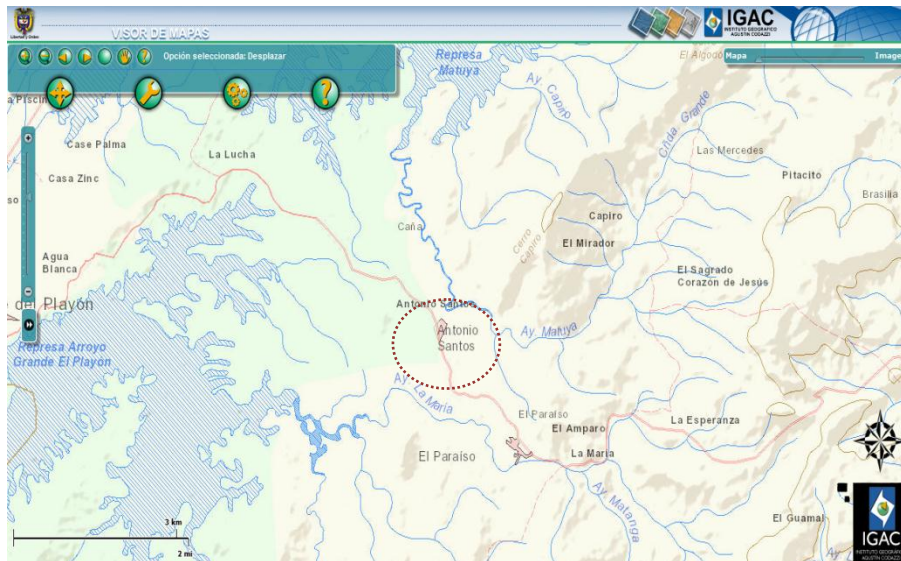
¿Y después del mapa qué sigue?

Lo repiten una y otra vez lo integrantes del consejo comunitario. “No queremos ser un punto de referencia, queremos ser más que eso, que se nos respete como comunidad negra”.¹²³ Con lo que Melvis reclama que además de los mapas que han ayudado a posicionar su estrategia organizativa, se necesitan otras apuestas, otras concreciones de ser ocupantes legítimos de la tierra que habitan y que no sólo pueden aferrarse a la cartografía como prueba de esa legitimidad (véase mapa 6).

Antonia Santos se llama la escuela de San Cristóbal, ese era el nombre toponímico la primera vez que yo vi un mapa del estado de mi comunidad. Ese día dijimos: si nos vamos a organizar no puede ser que el estado no sepa quiénes somos, lo primero era atacar ese mapa que nos borraba, mejor dicho, estuvimos borrados del mapa mucho tiempo. Pero ahora ya nos preguntamos ¿para dónde va el mapeo? Cuando ya la universidad no pueda estar más con nosotros y sigamos solos, ¿qué fuerza va a tener la montonera de mapas que tenemos?, ¿qué es lo contundente podemos hacer con él? Falta, me parece a mí, pensar mejor cómo seguir en la lucha.¹²⁴

¹²³ Melvis Ariza, seminario Autonomías Territoriales, Bogotá. noviembre de 2011.

¹²⁴ Melvis Ariza, fragmento entrevista, San Cristóbal, mayo de 2011.



Mapa 6: Cartografía digital del IGAC sobre San Cristóbal. 2011. Con base en la topografía de 1976.

La construcción de mapas sociales en San Cristóbal, bien podría inscribirse en lo que Arturo Escobar (2001) denomina intervenciones políticas sobre la cultura, pues el mapeo y la etnización implican reinventar o construir otras subjetividades y construir, a la vez, nuevas formas de significar y habitar los espacios. Revestir la tierra de territorio y acuñar nociones de territorio étnico y espacio cultural, fue claramente una estrategia donde se politizó la cultura en las organizaciones que inauguraron nuevas ciudadanías y nuevos significados de lo negro en el Pacífico.

En caso del grupo de cartografía en particular y del consejo comunitario en general indican que los mapas sociales, como proceso y como producto, están recreando formas de espacialidad y están sustituyendo o abstrayendo otro tipo de relaciones que, en el terreno material y simbólico, siempre son más complejas y no codificadas. Tal como lo evidencian las relaciones de producción, intercambio y comunicación, la identidad de un lugar – cualquier lugar–, no está arraigada simplemente dentro de una localidad, sino que está compuesta también por relaciones externas, según afirma Massey (2004). Lo que resultaría útil rastrear es cómo en la construcción de las fronteras étnicas de San Cristóbal, las relaciones externas no se dan solo con los vecinos inmediatos, sino que están

profundamente influenciadas y mediadas por el proceso de titulación colectiva experimentado por comunidades negras en la cuenca del Pacífico.

Las nuevas subjetividades como negros, afrocolombianos y/o sujetos colectivos están construcción pero cada vez marcadamente distintas a los vecinos. Decir que son negros o afros es decirle a los vecinos “no somos iguales que ustedes”. El concepto de frontera es difuso, polisémico y cargado de sentidos diversos, y por lo mismo resulta útil para revisar el uso de los mapas en la construcción de ciertas formas de representar, de nombrar y de cosificar (Grimson, 2000). Si se supone que la cartografía social es una contestación a la cartografía que se pretende hegemónica, ni las comunidades ni los acompañantes se pueden permitir que con su aplicación se reproduzcan esas perversas relaciones y encerramientos. Y si tales encerramientos son inevitables, conviene revisarlos con la misma capacidad crítica con la que se controvierten los mapas estatales. Las fronteras en esta región han sido cambiantes, móviles. Por ejemplo, si pensamos en cómo se espacializan las prácticas productivas y las áreas disponibles para el cultivo, hallamos que éstas no responden a límites impuestos por el ordenamiento regional o nacional, sino por la fuerza de los acontecimientos cotidianos que han vinculado a familias negras y campesinas a lo largo de los años.¹²⁵

Su experiencia como poblaciones negras, la adquisición de la conciencia de la trata trasatlántica y el rechazo a las prácticas de discriminación, han generado profundas transformaciones en muchos de los integrantes de estas poblaciones. Todo ello, ha implicado la adopción de unas tecnologías, unas formas de hacer, de nombrar y de llamarse a sí mismos y a los lugares que habitan, donde la cartografía ha jugado un papel nodal, pero

¹²⁵ Si se quiere ampliar este debate en un tono más teórico, vale la pena revisar el trabajo de Winchakul (1997). Este autor plantea que la nación tailandesa fue creada primero en los mapas, develando cómo las nociones propias del espacio de los pueblos nativos, fueron sustituidas con el advenimiento de la geografía moderna y muy especialmente con el saber cartográfico. Pero más allá de la violencia impuesta por la representación cartográfica, cabe resaltar aquí que el poder y la fuerza de las representaciones cartográficas fueron anteriores a la construcción de la nación. Este estudio sirve de referente en tanto muestra un análisis minucioso de los efectos de un conjunto de mapas, en momentos políticos específicos donde se puso en juego la noción de un lugar, en este caso de una nación.

no totalizante. Para los antropólogos Stella Rodríguez y Edwin Muñoz, la disputa territorial llevada al terreno cartográfico da cuenta de la lucha por la legitimidad en la nominación de los conflictos, en la forma en que se representan y en los usos que se le asignan a los mapas como productos asociados a las tramas territoriales, lo que incluye los sentidos que le son atribuidos por parte de los sujetos colectivos que mapean (2010: 151).

Más allá de una crítica de mapas buenos o malos, falsos o reales, impuestos o concertados, desde afuera o desde abajo, se requiere pensar en el contexto en el que está hecho cada mapa. Que los mapas son artefactos de poder no es ninguna noticia en los Montes de María, hace mucho tiempo las organizaciones así lo entendieron y los emplean estratégicamente por varias razones: su capacidad de síntesis, de comunicación, de solapamiento de tiempo y espacio, y por su contenido político que problematiza la lucha por la tierra. El mapeo se sitúa desde un interés político que busca entender y transformar escenarios, tecnologías, prácticas políticas y luchas por la tierra, donde confluyen discursos expertos sobre la etnización, las resistencias y las apuestas de la gente negra para acceder a títulos y certezas sobre los lugares que habitan en medio de proyectos agroindustriales agresivos y de representaciones cartográficas desde el estado que los invisibilizan.